

CUARENTA AÑOS DE DEMOCRACIA (1983-2023)

Radiografía de un país a la deriva

En una reciente obra que acabo de leer, la cual recomiendo por su amena lectura y claridad conceptual con las que se exponen y demuestran los dilemas de la democracia argentina¹, el autor arrima algunos datos que me parecen significativos y que reflejan la crítica situación social y económica actual, situación que, a mi juicio, no será fácil revertir no obstante las medidas y el consecuente cambio cultural que pretende lograr el gobierno del Presidente Javier Milei a través de las mismas. Veamos que dicen los números.

El crecimiento del producto bruto interno (PBI) desde 1983 a la fecha representó una media anual del 1,4%, mientras que el mundo creció en el mismo período a razón del 2,9% anual. El PBI per cápita entre 1974 y 2023 creció un 0,4%, en el mismo período en América Latina creció un 1,8%.

La inflación acumulada entre 1983 y 2023 fue del 7000%, una media anual del 58%, calificando Argentina entre los cuatro países con mayor inflación en el mundo, a ella se suman Zimbabwe, Venezuela y Sudan. El gasto público en 1983 representaba el 23% del PBI, en 2023 el 44% del PBI; la deuda pública en 1983 era de 45.000 millones de dólares, en 2022 era de 396.000 millones de dólares; la presión tributaria en 1991 era del 16% del PBI, en 2020 el 33% del PBI.

De la mano de estos elocuentes datos, el autor demuestra que la Argentina actual transita una nueva geografía social: hoy, siglo XXI, es una sociedad más pobre, más vieja y más urbana.

En efecto, al inicio de la democracia el país tenía 16% de pobreza, hoy ostenta un 44% de pobres y un 10% de indigentes, el salario real de los argentinos es hoy un 30% más bajo que en 1974. Hasta mediados de los años 70 del siglo pasado había movilidad social y la clase media, que entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX creció de un 10% a un 30%, la más robusta de América Latina y factor gravitante del cambio y de la transformación social, hoy se ha achicado y desmejorado no sólo económicamente, dice el autor, también ha dejado de ser el motor y el modelo aspiracional de entonces, esa clase media está hoy empobrecida y navega en la desilusión, el miedo, la incertidumbre y la frustración.

Aquella Argentina de obreros, comerciantes y profesionales se ha transformado hoy en un país donde predominan cartoneros y monotributistas (mientras que los trabajadores formales en los últimos 10 años crecieron un 2%, los monotributistas crecieron un 30%). Todo ello demuestra la incapacidad del sector productivo de generar empleo formal genuino y a la vez mayor productividad económico-social, en paralelo con cierta resignación social, dice el autor, al formalizar la informalidad y transformar un paliativo social en una estructura permanente.

La Argentina del siglo XXI ha consolidado la “economía popular” como alternativa a la economía de mercado, liderada por movimientos sociales y cooperativas y que concentra casi 4 millones de personas, el 20% de la población económicamente activa. Economía de nula productividad que no aspira a la generación de riqueza e identificada con un modelo asistencialista como estructura central del sistema. Si en 2002 había 2,9 millones de beneficios (planes y ayuda social), en 2022 habían 14 millones (la asistencia social se multiplicó por cinco).

La Argentina del siglo XXI refleja también un envejecimiento de la clase media, media-alta, pero a la vez, un rejuvenecimiento de las clases bajas donde se registran las mayores tasas de

¹ Jorge Liotti: La última encrucijada, los dilemas de la democracia argentina. Ediciones Planeta, segunda edición, Buenos Aires 2023.

natalidad por cuanto mayor cantidad de hijos supone la posibilidad de tener más ayuda y más planes sociales por parte del Estado.

Así también la Argentina se ha vuelto más urbana: el AMBA contiene el 30% de la población (14 millones), y 17 millones de personas viven en el 1% del territorio. Asentamientos, barrios populares, 4 millones de viviendas deficitarias que carecen de prestaciones y servicios básicos. A ello se agrega un dato no menor: el 6% de la población son extranjeros, mientras que los que vinieron entre 1980 y 2000 provenían de Europa, los que inmigraron entre 2000 y 2020 lo hicieron de América Latina y Mercosur.

A esta nueva geografía social se agrega otro dato no menor y de significativa importancia a la hora de querer remontar esta decadencia social y económica. En efecto, siendo Argentina el país con mayor acceso a la educación en América Latina, uno de cada dos alumnos de tercer grado no comprende lo que lee. A ello debiera sumarse la falta de formación docente.

Y si se trata de identidad y sentido de pertenencia, la idea de Patria, dice el autor, es una idea ajena a los jóvenes que nacieron en democracia. A mi juicio, tema no menor.

Reflexiona el autor al advertir que luego del modelo agroexportador (1890-1930) y del modelo de sustitución de importaciones vigente hasta mediados de la década de los 70, el país no supo redefinir su matriz productiva. Se pregunta por qué se ha roto el círculo virtuoso, por qué Argentina es hoy un país a la deriva teniendo ventajas comparativas únicas: recursos naturales, sector agro-granadero, hidrocarburos (Vaca Muerta), litio (tercera reserva mundial), recursos ictícolas e industria del conocimiento.

Queriendo dar una respuesta destaca, entre otros, los siguientes factores: 1) la atracción por modelos populistas y distribucionistas que sobrevivieron con el peronismo, pulsión igualitaria y homogeneizadora como consecuencia de aquella frase de Eva Perón: donde existe una necesidad nace un derecho; 2) la carencia de liderazgos y el divorcio entre dirigencia y sociedad; 3) el progresivo deterioro de los esquemas tradicionales de representación política; 4) la usurpación del Estado por parte de los gobiernos de turno, botín político que hace de Argentina un país estatista pero sin Estado.

En los últimos 40 años, dice el autor, Argentina tiene el record de pesimismo sobre el futuro, es un país que ha perdido la ilusión y la capacidad de imaginar un futuro, un país sin proyecto y que adolece de pobreza emocional. Y afirma: *“el último gran logro colectivo sigue siendo la recuperación democrática y la estabilización del sistema ... Es el único concepto que genera unanimidad en un país partido”* (pag.67)

Hasta aquí algunos de los datos y conceptos desarrollados por el autor de la obra mencionada. Al respecto, me animo a hacer algunas reflexiones.

En primer lugar, rescato la atinada afirmación vertida por el autor: Argentina adolece de pobreza emocional, no sólo económica. En efecto, es un país que, víctima del modelo asistencialista que lo ha sometido durante décadas, se ha convertido en un país pobre y enemigo del mérito y del esfuerzo, de la riqueza, de la excelencia, del crecimiento y del progreso económico. Sin duda, el populismo demagógico que la ha terminado de llevar a la deriva requiere, para seguir haciendo del Estado su botín político, un pueblo pobre, ignorante y con miedo e incertidumbre. No por casualidad Argentina ha llegado a este estado de pobreza emocional, habiendo perdido su *voluntad de ser* y la *vocación de grandeza* que alguna vez tuvo.

En segundo lugar, disiento con el autor cuando habla de logro colectivo por la recuperación de la democracia y la estabilización del sistema. Me pregunto cuál es el logro? Acaso afirmando lo mismo no estamos dando más importancia a la forma que al contenido? Qué es lo que nos ha permitido la democracia, cuáles fueron los logros que debiéramos celebrar? El mismo autor se encarga de demostrar la decadencia argentina desde 1983 a la fecha, no sólo económica sino también social, cultural y educativa, todo ello en democracia.

Forma de gobierno ésta que se ha recuperado después de gobiernos militares, y sin dejar de reconocer aquella época oscura de la Argentina me pregunto si esta democracia no ha sido el ámbito propicio para la violación de derechos elementales de la persona humana: acaso la mitad de la población en línea de pobreza, el 10% en la indigencia, niños que no comen, jóvenes que no se capacitan y no se educan, barrios populares y asentamientos en lugar de viviendas dignas, cartoneros y cuentapropismo en lugar de un trabajo formal y digno, acaso esto no es violación de derechos humanos?

Más aún, la democracia ha permitido que el derecho más elemental como el derecho a la vida, sin el cual no es posible ejercer los otros derechos, sea conculcado impunemente, disfrazando el crimen del aborto como interrupción voluntaria del embarazo. La legalización del aborto y los más de 100.000 abortos anuales que registra Argentina corroboran esta triste realidad.

No es fácil vivir la democracia, ello requiere una sociedad con altos valores éticos y culturales. Como expresara San Juan Pablo II: *“Una auténtica democracia es posible solamente en un Estado de derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana (...) Es por ello que si no existe una verdad última que sirva de guía y oriente a la acción política fácilmente las ideas y convicciones humanas son instrumentalizadas con fines de poder, de allí que una democracia sin valores se convierte en un totalitarismo visible o encubierto”*²

Por último, el actual gobierno del Presidente Javier Milei, a poco más de un mes de haber asumido, ha tomado medidas de fondo queriendo desregular la economía, reducir la inflación y eliminar el recurrente déficit fiscal que viene padeciendo Argentina desde hace décadas. Pretende con ello provocar un cambio cultural frente al modelo asistencialista que ha prevalecido durante décadas.

Haciendo los mejores votos para que así ocurra, para que estas medidas cumplan con su cometido, estoy convencido que ese cambio cultural, dada la geografía social tan bien descripta por el autor de la obra, motivo de estas líneas, llevará mucho tiempo. Las medidas económicas son necesarias pero no suficientes, más importante será poder revertir la miseria moral, espiritual y social que ha caracterizado a la sociedad argentina de las últimas décadas y que la ha convertido en un país a la deriva y sin proyecto, revertir esa pobreza emocional que la ha sumergido en la desesperanza, la frustración y la incertidumbre.

Y este cambio cultural supone, a mi juicio, reivindicar los principios y valores fundacionales que hicieron grande a nuestra Nación, pues ya son varias las generaciones que sólo escucharon glorias a la democracia pero muy poco, o casi nada, acerca de la Patria y de la matriz espiritual y cultural que le dio vida. De allí la falta de sentido de pertenencia, del sentido del deber, de allí la pérdida de identidad, la ausente vocación de grandeza y la nula voluntad de ser.

DANIEL PASSANITI
Enero 2024

² San Juan Pablo II: *Centesimus annus*, 46